

Las jóvenes, con sus trajes de lijeros géneros de la India Oriental, presentaban una vista encantadora, y habrían hecho honor, respecto del buen gusto; á un salon parisiense; pero ninguna de ellas llevaba alhajas, porque ni á D. Juan, ni á D. Antonio, les agradaba emplear su dinero en cosas que no produjesen; pues la riqueza de los propietarios de aquellas comarcas, no consiste en perlas ni joyas, sino en tierras y esclavos. Se procura que los capitales no cesen de producir, y en cuanto á las costumbres, domina cierta sencillez.

La reina de la fiesta era indudablemente Arabela, cuya magnífica figura, cubierta con un vestido blanco de gasa, con fondo color de rosa, pareció al jóven Soto, en su entusiasmo, como lirio en una mañana de primavera. La misma opinion expresó Bonpland á Humboldt.

Tambien las tres hijas de Reinaga eran hermosas. Su color moreno, propio de los que nacen bajo aquella zona, formaba un gracioso contraste con sus blancos vestidos. Solo los dos vástagos del Sr. Enriquez habian elegido vestidos encarnados, que las venian mal con sus caras largas y amarillentas. A todas las señoritas se asociaban jóvenes varones de los alrededores, por lo cual la conversacion se hacia alegre y animada. Risas de buen humor resonaban en este círculo, mientras que en el de las señoras grandes se hacian comentarios malignos, acerca de la permanencia del jóven Soto en la casa del Gobernador, y de su familiaridad con Ara-

CAPITULO V.

El Señorito Titi.

Era la noche del mismo dia en que el jóven Soto habia declarado su amor á la hermana del Gobernador, y encontrado correspondencia. Esa misma noche tuvo lugar una brillante reunion en la casa del marqués.

Habian llegado los dos ricos propietarios D. Juan de Reinaga y D. Antonio Enriquez con sus familias, hallándose presente tambien el jóven Soto, el Padre Acosta, Humboldt y Bonpland. El Gobernador y su hermana hacian los honores.

bela. La digna esposa del Sr. Enriquez era la que principalmente se ocupaba de estos pormenores, porque deseaba que el joven español se casara con una de sus hijas.

El Gobernador conversaba con los propietarios, respecto de la cosecha de azúcar y algodón, y el Sr. Enriquez se lamentaba del crecido precio que tenían los esclavos, mientras que la fiebre los diezaba.

El Padre Acosta, que se hallaba en la parte opuesta del salón, platicando con Humboldt y Bonpland, dijo entre otras cosas:

—Todo tiene sus dos lados. Las misiones habrían producido indudablemente muchos bienes, si no fuera por la violenta y abominable conquista de almas, tan indigna de la iglesia cristiana.

—¿Conquista de almas? ¿qué quereis decir con esto? preguntó Bonpland.

El Padre Acosta se pasó la mano por la frente, como acostumbra cuando le ocurría alguna idea grave, y contestó:

—«La voz del Evangelio, dice un jesuita del Orinoco en las cartas edificantes de la compañía de Jesus, solo hace eco entre los indígenas con el de la pólvora y las balas. La suavidad es un medio muy lento. El castigo facilita la conversion de los indígenas.»

—Estoy convencido, interrumpió Humboldt, de que máximas de esta clase, que son un baldon para la humanidad, no las profesan todos los miembros de esa

sociedad: que en el Nuevo Mundo, y en todas partes donde la educación pública ha quedado exclusivamente en manos de los monges, ha prestado servicios á la ciencia y á la civilización.

—Puede haber excepciones, dijo el Padre Acosta, y yo mismo pertenezco á ellas. Pero las conquistas con las bayonetas, son una crueldad inseparable, tratándose únicamente del establecimiento de las misiones, de una manera violenta.

—Esto sería malo, muy malo, dijo Humboldt.

—Es mas que esto, contestó con una indignación visible el Padre Acosta; es una mancha que hombres indignos y codiciosos imprimen á la Iglesia.

—¿Y es verdaderamente así? preguntó Bonpland.

—¿Sabeis lo que es positivamente una conquista de almas? dijo el padre Acosta.

—Pienso que se debe tomar en el sentido moral, contestó Bonpland, y que significa conversion de los indios:

El Padre Acosta pasó de nuevo la mano sobre su frente, y dijo:

—Ojalá tuviérais razón

—¿Y qué es, pues?

—¿Seguramente ireis al Orinoco?

—Sí.

—Pues bien, cuando llegéis al punto en que desemboca el río Parunsi en el mismo Orinoco, vereis un cerro, cuya cima forma una pequeña mesa; tiene una altura como de trescientos piés, y ha servido de plaza fuer-

te á los Jesuitas, desde la fundacion de las misiones. Se estableció allí una pequeña fortaleza con tres baterías, y servia como punto militar.

—Pero ¡por amor de Dios! exclamó entonces Bonpland, ¿para qué necesitaban los buenos padres de soldados y cañones? Yo pensaba que sus armas eran las palabras de la escritura, las máximas del Evangelio y el buen ejemplo.

—Los soldados, continuó el Padre Acosta con calma, animados por las recompensas de dinero, hacian incursiones á mano armada, en el territorio de los indios independientes, *asesinando á los que hacian resistencia, quemando sus chozas y llevando prisioneros á los ancianos, mujeres y niños.*

—Pero esto es contra todo derecho de gentes, y contra las máximas del cristianismo, exclamó Humboldt.

—Desgraciadamente teneis razon, contestó el Padre.

—¿Y qué se hacia con los prisioneros?

—Se repartian en el acto en las misiones del Meta, Rio negro y el Orinoco superior, y se escojian estos puntos, como mas lejanos, para quitarles la tentacion de volver á su país natal.

—¿Y esto se llama fundar misiones y convertir paganos? preguntó Humboldt, muy indignado.

—Esto se llama entre nosotros conquistar almas, contestó con calma el Padre Acosta.

—¿Y qué dice de esto el gobierno? preguntó Bonpland.

—Este medio forzado de conquistar almas, dijo el Padre, aunque está prohibido por las leyes españolas, fué generalmente elogiado por las autoridades de aquí y los Prelados superiores de la Compañía de Jesus, *como muy provechoso para la religion y el establecimiento de las misiones.*

—¡Justo cielo! exclamó Alejandro de Humboldt, sorprendido. ¿Cómo es posible que las autoridades civiles y eclesiásticas, hombres y cristianos, pudieran olvidar hasta ese grado las leyes de la humanidad?

—Con todo esto, seguramente no se hará mucho por la instruccion de esas almas conquistadas, dijo Bonpland.

—Los señores pueden formarse juicio de esto, contestó el Padre Acosta con gravedad. A las almas conquistadas se les tenia como un pequeño rebaño de esclavos, chozas miserables al derredor de una alta cruz de mision, erigida en el centro del campamento: se les daba el nombre de aldeas; *pero en realidad no existian sino en las cartas grabadas que se mandaban á Madrid y á Roma.*

—¡Increible!

—¡Pero verdad! Las chozas eran de caña y hojas de palma, y el producto del trabajo pertenecia á los misioneros. Los indios quedaban completamente desnudos como en sus bosques.....

—¿Y su desarrollo moral?

—Se les enseñaba de pura fórmula cosas religiosas, que no comprendian ni podian comprender; pero esto no

importaba, con tal de que se arrodillaran cuando se decía misa. *No se exigía mas.*

—¡Increible, increíble! exclamó Humboldt; pero.....

En este momento una risa general interrumpió la conversacion. Se voltearon, y vieron una escena chusca.

Durante la conversacion habian venido mas convidados, entre ellos D. Francisco Sanchez con su familia, que consistia en su esposa, un hijo y una hija.

Sanchez era un hombre de corta estatura y fornido; sus facciones indicaban algo duro y malicioso; sus ojos chispeantes revelaban al astuto especulador, que no se detiene en los medios, por malos que sean, cuando se trata de hacer dinero.

Se decía que ántes habia sido traficante de esclavos, y aun en aquella época, con infracción de la ley, compraba á los indígenas libres, porque le salian mas baratos que los negros. Era un hombre muy rico y dueño del ingenio del Diamante, el mas productivo de los alrededores. La crueldad con que eran tratados allí los esclavos, hacia presagiar á muchos un fin desastroso á esta hacienda, tanto mas cuanto que las tribus de indios vecinas, principalmente la de los caribes, habian sido excitadas á la venganza por el mal tratamiento de sus individuos; pero D. Francisco se reía de esto, creyéndose seguro por la severa vigilancia que ejercia en los esclavos, así como por sus grandes elementos de defensa y la proximidad del punto de San Fernando. Entre aque-

llos elementos contaba con buenas armas y con diez colosales perros de sangre, terror de los esclavos.

Su hija, amiga de Arabela, era una niña amable, sin pretensiones, que no conocia el orgullo ni la dureza de sentimientos. Este carácter formaba contraste con el de su hermano, que era muy orgulloso y malévoló en toda la extension de la palabra, aunque en su aspecto exterior no lo indicaba, porque era bien parecido. El Padre Acosta lo habia calificado de demonio en figura de angel.

Hacia tiempo que cortejaba á Arabela, no porque la amara, sino porque le convenia casarse con ella, para gozar de su hermosura, de su riqueza y de su elevada posicion social; pero Arabela nunca habia experimentado simpatía por él, sino que al contrario, su presencia le producía un efecto repulsivo, y mucho mas con lo que le habia dicho el Padre Acosta por la mañana; de manera que en esta ocasion lo recibió con mucha mas frialdad que ántes. El joven Sanchez era de bastante mundo y no se desalentaba por esto; al contrario, redoblaba sus atenciones para con Arabela. Conociendo lo mucho que ésta queria al pequeño Tití, que á la vez se habia colocado sobre sus hombros, trató de captarse la voluntad de ella acariciando al mono; pero luego que este le vió, se introdujo en la manga del brazo de Arabela, asomando solamente la cabeza. Este momento juzgaba Sanchez como mas oportuno para hacerse apreciable á los ojos de Arabela, y tomando algunos dulces

de un platon que servia uno de los criados de la casa á los convidados, los presentó á Tití cariñosamente. Este recibió mal el obsequio, pues ántes de que el jóven Sanchez pudiese impedirlo, le hizo arrojar los dulces al suelo, y enseñándole los dientes, le demostraba su antipatía, lo cual, observado por la concurrencia, provocó la risa general.

El jóven D. Antonio palideció. Sin embargo, haciéndose violencia, tomaba parte en la risa, disimulando la cólera que le habia causado este incidente, del que pronto nadie se acordaria. Tití fué castigado por el Gobernador, haciéndole salir del salon.

Cuando la brillante reunion habia llegado al colmo de la alegría, la sorprendió el Gobernador con la noticia del próximo enlace de su hermana con el jóven capitan D. Nicolás Soto.

Se entiende que siguieron las felicitaciones por todas partes; aunque las Sras. Enriquez ponian las caras mas largas, y en el pecho del jóven Sanchez estaba hirviendo el odio contra el afortunado rival; en lo general se mostró gran regocijo, y todo el mundo era la amabilidad personificada.

En una hora muy avanzada de la noche se disolvió la reunion.

El jóven Sanchez acompañó á caballo el coche en que se hallaba su familia. Nadie conoció el furor que se habia apoderado de él; de buena gana hubiera matado esa misma noche al jóven Soto; pero esto no podia arriesgar,

porque el dueño del «Diamante» tenia que ser forzosamente amigo del Gobernador por muchos motivos; pero era preciso desfogar su ira á toda costa.

Poseía un mono semejante al Tití, que habia pensado regalar á Arabela. Al llegar Antonio á su cuarto, cogió al mono sin proferir una palabra, le amarró las manos juntas con los piés, y suspendiéndole de la cola le dió latigazos con tal furor, que el pobre animal pronto murió. Despues echó su cadáver á los perros de sangre.